



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS

LECTURA SESIÓN 5

CT 112 MISIÓN DE LA IGLESIA

Driver, Juan. “La obra de Cristo y la comunidad mesiánica”. En *La obra redentora de Cristo y la misión de la iglesia*, 243-261. Buenos Aires: Nueva Creación, 1994.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

La obra de Cristo y la comunidad mesiánica

En la carta a los Efesios, Pablo reúne de forma notable las diversas corrientes de pensamiento acerca de la obra de Cristo que encontramos en el Nuevo Testamento. Aquí encontramos referencias directas a las diez imágenes con las que la iglesia primitiva intentó comprender la muerte y resurrección de Jesús, imágenes que han sido estudiadas en los capítulos previos de esta obra? De hecho, estos diez motivos teológicos están presentes, de un modo u otro, en un pasaje clave de esta carta: Efesios 2.11-22.

La reflexión paulina madura acerca del significado de la muerte y la resurrección de Cristo, y sobre todo acerca de la relevancia de estos eventos para un mundo caracterizado por las relaciones interpersonales de dominación y explotación (Gá. 3.25-29; Col. 3.9-11) y por una situación global de alienación respecto de Dios (Col. 1.13), se centra en la creación de una nueva comunidad, la iglesia, que está en el centro del propósito divino para la humanidad y para la creación entera (Ef. 3.3-11; cf. Col. 1.13-14). Desde esta perspectiva, podemos afirmar que Efesios 2.11-22 es el pasaje clave y cumbre de toda la epístola, y es también un hito

1. Sufrimiento vicario (Ef. 2.14, 17), martirio (2.14; 3.1), conflicto-victoria (1.21; 2.14,16; 6.12), sacrificio (1.7; 2.13; 5.3), expiación (2.14,18), redención y compra (1.7; 4.30), reconciliación (2.16), justificación (2.10; 4.24; 6.14), adopción y familia (1.5; 2.19; 5.1), imágenes arquetípicas (1.10; 2.1, 5, 6,10,15,16; 3.16-17; 4.13, 20, 24; 5.18).

fundamental en la reflexión paulina acerca del significado de la obra redentora de Cristo (Barth, 1974:275).

El pasaje de Efesios 2.11-22 puede ser dividido lógicamente en tres partes.

1. En primer término se señala la fragmentación de la humanidad en dos segmentos claramente discernibles y aparentemente irreconciliables (vv. 11-12). Las diferencias entre judíos y gentiles son, por cierto, cúlticas (v. 11), pero son, más aún, cristológicas, sociológicas y teológicas.
2. A continuación sigue un himno en el cual se pone de manifiesto la obra reconciliadora de Cristo (w. 13-18). Este himno acerca de la muerte de Cristo apunta al propósito y a los efectos de la obra mesiánica, esto es, a la nueva creación caracterizada por la paz, la reconciliación y el libre acceso a Dios para todos.
3. La creación de una comunidad concreta está descrita a través de una serie de imágenes: un pueblo, una familia, un templo espiritual (vv. 19-22). Todas estas metáforas describen una nueva realidad social, en la cual gentiles además de judíos son miembros en un pie de igualdad: se trata de la iglesia, lugar social que Dios ha elegido como su morada.

La creación de una nueva humanidad

En el siglo primero de nuestra era, el enfrentamiento entre judíos y gentiles, descrito en Efesios 2.11-12, era un hecho cotidiano. La permanente lucha de Israel por no contaminarse a través del contacto con sus vecinos gentiles llevó al primero a una actitud cerrada, dura y exclusivista ante las otras naciones. Esta situación se tomó particularmente evidente al volver del exilio, época en la que la política de aislamiento y separación condujo gradualmente a una postura de intolerancia absoluta (cf. Esdras y Nehemías). Una de las peores ofensas que un judío podía hacer a otro en el primer siglo consistía en calificarlo de «gentil y publicano». Los judíos consideraban que el odio hacia quienes eran, obviamente, los enemigos de Dios estaba justificado: más aún, hasta cierto punto debía ser fomentado (cf. Mt. 5.43). Por el otro lado, los gentiles respondían con actitudes agresivas al desprecio que les manifestaban los judíos.

Sin embargo, había en el Antiguo Testamento una corriente de pensamiento que tendía a suavizar la intolerancia y el odio recíprocos. El libro de Rut era un recordatorio permanente de que entre los antepasados del rey David y de Jesús había una moabita piadosa (Mt. 1.5).² El libro de Jonás, por su parte, ponía de manifiesto la actitud misericordiosa de Dios aun hacia los peores enemigos de Israel, y recalca la vocación fundamentalmente misionera de Israel hacia las naciones.

La visión profética

Pero aún más sorprendente era la visión profética acerca de la era mesiánica en la cual tendría lugar la salvación de las naciones. Es la corriente profética de pensamiento que inspiró la comprensión mesiánica propia de Jesús, y la interpretación que la comunidad apostólica dio del hecho de Cristo. Esta visión nos provee, además, el trasfondo apropiado para entender Efesios 2.11-22.

De acuerdo con la visión profética, Yahveh sería el Rey de todo el mundo, y la ciudad de Dios se convertiría en el eje de los propósitos divinos para toda la humanidad. Esta perspectiva se hace evidente en una serie de imágenes: Isaías 2.1-4, Miqueas 4.1-4, y Zacarías 14.6-11 y 8.20-22.

Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra (Is. 2.2-4).

Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca de Jehová de los ejércitos lo ha hablado (Mí. 4.4).

Y Jehová será rey sobre toda la tierra. En aquel día Jehová será uno, y uno su nombre (Zac. 14.9).

2. Tamar, Rahab y Betsabé, esposa de Urías el heteo, eran también gentiles

El juicio al que se refieren estos pasajes no implica meramente castigo o procesamiento. Se trata, más bien, de establecer un orden de relaciones rectas entre los seres humanos y de éstos con Dios: a este orden la Biblia lo denomina paz, justicia y salvación.

La visión profética de los «postreros tiempos» nos ofrece varias claves para entender qué es lo que efectivamente está incluido en la era de la paz mesiánica (cf. Yoder, 1982:2-12). Primero, la paz mesiánica demandará conversión en materia económica. Martillar espadas para rejas de arado y lanzas para hoces implica no la supresión sino la reorientación del desarrollo tecnológico. El profeta no convoca a una suerte de primitivismo, sino a poner los recursos económicos y tecnológicos al servicio de la humanidad.

En segundo lugar, se renuncia incondicionalmente a la guerra como medio para la resolución de conflictos interpersonales e internacionales. Los profetas no están pensando en la supresión de las naciones y sus intereses, sino más bien en la dependencia de ellas respecto de Dios, quien actúa como árbitro de sus diferencias. La superación de los conflictos bélicos, visualizada por el profeta, será el resultado de la acción del «siervo... quien... traerá justicia... en la tierra» (Is. 42.1-4). De acuerdo con el profeta, la era mesiánica estará caracterizada por el conocimiento y la práctica de la ley de Dios, bajo la dirección de un Juez único, desconocido hasta el momento.

Tercero, en su versión de esta visión, Miqueas demanda una renovación económica. Todos tendrán la oportunidad de trabajar en forma productiva: el trabajo de cada uno tendrá su lugar y su sentido. Esta visión no es ciertamente capitalista, ni apunta tampoco a un sistema económico de control centralizado. Se visualiza, más bien, un sistema inédito, radicalmente nuevo y distinto, fundado en las prescripciones sabáticas y jubilares (Lv. 25; Dt. 15). La paz mesiánica implica una economía jubilar.

En cuarto lugar, la visión profética de paz y justicia para las naciones significa liberación del temor (Mi. 4.4). Si bien el texto no define explícitamente en qué consiste esta ausencia de temor, el contexto hace evidente que se experimenta concretamente en el marco de una existencia humana transformada desde sus bases económicas y sociales. El profeta no apunta meramente a una condición psicológica o espiritual, que se experimenta sólo en la esfera invisible del sentimiento o en la dimensión atemporal de la eternidad más allá de la historia.

La relación que la visión profética establece entre la misión del Mesías y el reino venidero de Dios que reunirá a las naciones contrasta fuertemente con el exclusivismo y la hostilidad que caracterizaban las relaciones entre judíos y gentiles, especialmente después del exilio. Además de los textos ya citados, los Cantos del Siervo de Isaías se refieren a que el siervo es ungido por el Espíritu de Dios «para traer justicia a las naciones» y servir de «pacto al pueblo» y «luz de las naciones», de modo tal que la salvación divina alcance hasta «lo postrero de la tierra» (Is. 42.1, 6; 49.6). «Y se unirán muchas naciones a Jehová en aquel día, y me serán por pueblo, y moraré en medio de ti.» Dios «hablará paz a las naciones, y su señorío será de mar a mar» (Zac. 2.11; 9.10). El reinado universal de Dios, caracterizado por la paz, la justicia y la salvación, instaurado por el Mesías entre las naciones, es un tema que reaparece permanentemente en los Salmos (2.8; 18.49; 22.27-28; 33.12; 46.10; 47.3, 8; 67.2, 4; 72.11, 17; 86.9; 96.3, 10; i 98.2; 113.4; 117.1; 126.2).

Las mismas referencias proféticas a la intención salvadora de Dios para todas las naciones están presentes cuando se expresa la misión que él tiene para su Mesías. Precisamente, los evangelistas interpretaron desde esta perspectiva el ministerio mesiánico de Jesús. De hecho, el testimonio de Simeón en el templo consiste en la afirmación de que la visión profética de Isaías 42.6; 49.6; 52.10 está alcanzando su cumplimiento en la misión de Jesús: la salvación de Dios está manifestándose tanto a gentiles como a judíos.

La misión mesiánica

Se ha sugerido que Lucas 4.17-30 es en realidad un resumen previo de la misión mesiánica de Jesús. La apelación a Isaías 61.1-2 indica que las prescripciones sabáticas y jubilares, tendientes a establecer justicia en las relaciones sociales, constituyen un paradigma de la salvación mesiánica. Todo el Evangelio de Lucas manifiesta que Jesús llevó a cabo su ministerio de proclamación y servicio en consonancia con esta visión.

Más aún, las referencias que Jesús hace a que los gentiles están incluidos en los propósitos salvíficos de Dios (Le. 4.24-27) resultan inaceptables para los presentes en la sinagoga de Nazaret, al punto que intentaron asesinarlo. En este pasaje nos vemos confrontados con una síntesis magnífica de la obra de Cristo: Dios

ofrece su paz/justicia/salvación a todos los pueblos, aun a costa de la vida del Mesías mismo.

Los informes que nos ofrecen los evangelistas acerca de la misión mesiánica de Jesús confirman que la síntesis previa de Lucas era acertada. Mateo asevera que el ministerio de Jesús a todos los necesitados es el cumplimiento de Isaías 42.1-4. Pero, y esto es lo más notable, subraya el hecho de que la misión mesiánica está dirigida a los gentiles. Aun dentro de Israel, la misión de Jesús estaba fundamentalmente orientada a los pobres, los marginados, los que no tenían esperanza, los que, de acuerdo con las convicciones religiosas de la época, no tenían acceso alguno a la salvación.

Desde la perspectiva de la religión oficial, la actividad mesiánica de Jesús era tan poco ortodoxa que hasta se llega a preguntar seriamente si él no sería capaz de irse a trabajar entre los gentiles (Jn. 7.35). En la versión que Marcos ofrece de este episodio, el cual puede haber funcionado como detonante de la cadena de eventos que desembocan en la crucifixión, aparece otra vez como prominente el tema de los gentiles: la casa de Dios «será llamada casa de oración para todas las naciones» (Mr. 11.17-18; cf. Is. 56.7).

La evidencia que hemos extraído de los Evangelios toma más verosímil la conclusión paulina de Efesios 2.11-22. El sacrificio del Mesías posibilitó la fundación de una nueva humanidad caracterizada por la paz y la justicia, en la cual tanto gentiles como judíos participan plenamente. El libro de los Hechos y las epístolas nos informan que muy pronto judíos y gentiles se incorporaron, juntos, al nuevo pueblo de Dios. Que este hecho lógicamente tan improbable se produjera tan rápidamente (Ro. 1.16; Col. 3.11), a pesar de la presión que las circunstancias ejercían en la dirección contraria, se debe, por cierto, a la vida, muerte y resurrección de Jesucristo, y a la presencia poderosa de su Espíritu dentro de su Cuerpo.

En los primeros capítulos de Efesios, Pablo se refiere cuatro veces a un misterio (1.9; 3.3,4,9; cf. Col. 1.26-27). Este misterio ha dejado de ser tal desde que Jesucristo reveló su secreto; de paso, hay aquí un contraste agudo con la concepción del misterio que tenían los contemporáneos de Pablo: para ellos, se trataba de un secreto esotérico que sería revelado sólo a un número restringido de devotos privilegiados. A decir verdad, el misterio ha estado efectivamente oculto, en el sentido de que la humanidad ha sido

incapaz de entender el plan de Dios para la salvación de todos los hombres y mujeres. Pero aquello que era humanamente inconcebible se ha hecho manifiesto en la misión del Mesías de Dios. «Los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio» (Ef. 3.6). Desde la eternidad Dios está decidido a hacer entrar en su casa a los gentiles: ahora ha concretado su plan por medio de Jesucristo (Ef. 1.10; 3.9). El evangelio es, precisamente, esta buena nueva acerca de la obra de Cristo y sus implicaciones, noticia que Pablo predica denodadamente (Ef. 6.19).

En un sentido, este misterio es el plan de batalla de la historia de la salvación. Hasta este momento permaneció escondido al público, aunque ha estado durante todo el tiempo en la mente del Estratega. Pero ahora, actualizado en el marco de la comunidad mesiánica, se ha tomado visible para todos. La iglesia está encargada de dar a conocer en todas partes (Ef. 3.10) esta manifestación concreta del misterio divino descrito en Efesios 2.11-22.

El problema del mundo gentil consistía en que se encontraba excluido de toda relación o vínculo. Los gentiles son caracterizados como los que están «en la carne» y «en el mundo» (Ef. 2.11-12), en contraste con aquellos que están «en Cristo Jesús» (v. 13), «en un solo y nuevo hombre» (v. 15), «en un mismo Espíritu» (v. 18), «en el Señor» (v. 21), y «en el Espíritu» (v. 22). Se trata de dos ámbitos radicalmente distintos; y es cuestión de estar dentro o fuera. En realidad, los gentiles no son los únicos que tienen problemas. El hecho de que se hable de la circuncisión como «hecha con mano en la carne» podría indicar que muchos de los judíos del primer siglo se encontraban en el mismo ámbito en el que estaban los gentiles.³ Debido a su carácter de excluidos o alienados antes de su incorporación a la nueva humanidad, los gentiles estaban sin un mesías. No gozaban de ciudadanía en el pueblo de Dios. Eran totalmente indiferentes a los pactos fundados en las promesas divinas. Estaban «en el mundo», es decir, en la esfera de la carne o de la humanidad no reconciliada: no tenían raíces en la historia de la salvación. Y quien no tiene

3. «Hecho por mano de hombre» es la misma expresión que se usa en la Septuaginta con referencia a los ídolos (Is. 2.18; 10.11), y en el Nuevo Testamento para el templo que, en Cristo, ha quedado fuera de vigencia (Mr. 14.58; Hch. 7.48; 17.24; He. 9.11, 24).

pasado, tampoco puede depositar esperanza alguna en el futuro. En síntesis, los no judíos estaban sin Dios (*athéos*).⁴ En un sentido muy concreto, aquellos que no tienen pueblo tampoco tienen Dios.

La paz mesiánica

El pasaje de Efesios 2.13-18 contiene una serie de términos que describen por medio de quién, cómo, y por qué medios o a qué precio se estableció la paz entre judíos y gentiles, y entre todos los seres humanos y Dios. Esta paz es mesiánica. Puede lograrse sólo «en Cristo Jesús», «en un solo cuerpo», «por medio de él» (2.13, 15,16,18). Tan fundamental es este hecho, que Jesús aparece como la personificación de la paz: «él es nuestra paz» (Ef. 2.14). Otras frases describen la forma en que Cristo alcanzó esta paz: «por la sangre de Cristo», «en su carne», «mediante la cruz» (2.13,15,16). Y otras expresiones presentan el medio a través del cual la paz fue instaurada: su actividad mesiánica. Cristo «vino», «de ambos pueblos hizo uno», «derribó la pared intermedia de separación», «abolió la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas», «creó de los dos un solo nuevo hombre», «mató las enemistades» y «anunció las buenas nuevas de paz» (2.14-17).

Un nuevo orden social

Esta paz mesiánica es, en primer lugar, un evento social. Aquí no se exalta a Cristo porque él haya traído paz a las almas de los individuos, aunque éste puede haber sido, por cierto, un efecto colateral importante de la actividad del Mesías. La paz que Jesús trae es una realidad social o eclesial. Se trata, en primer término, de una paz que liga a los seres humanos, esto es, a judíos y gentiles (2.14-15) y, recién después, de una paz que vincula a Dios con la humanidad (2.16-17) (Barth, 1974:262). Esta misma secuencia pue-

4. El término aparece sólo en este lugar en la Biblia griega. Sin embargo, era muy usado en las polémicas religiosas entre los paganos para describir a los disidentes (por ejemplo, Sócrates); por los judíos y los cristianos para designar a los gentiles; por estos últimos para describir a los judíos y cristianos, ambos monoteístas; y por los cristianos contra los cristianos heterodoxos (por ejemplo, Ignacio, *Trall.* X).

de notarse en relación con temas tales como la comunión y el perdón en el Nuevo Testamento (cf. 1 Jn. 1.1-3; Mt. 5.23-24; 6.12-14,15; Jn. 20.23).⁵

Tradicionalmente, las teorías acerca de la obra redentora de Cristo han centrado su atención en la eliminación de las barreras que separan a los seres humanos de Dios. Sin embargo, aquí la barrera concreta que es quitada por medio de la muerte de Cristo es la que separa a los seres humanos los unos de los otros. Una vez que los hombres y las mujeres quedan reconciliados unos con otros, recién entonces, y a continuación, son todos ellos reconciliados con Dios (Ef. 2.14-16).

Tanto Pedro como Pablo se refieren a las buenas nuevas que Jesús trae como el «evangelio de la paz» (Hch. 10.36; Ro. 10.15; Ef. 2.17; 6.15). Al traer el evangelio de paz, Jesús no actuaba sólo como portador del mensaje sino también como el mensaje mismo. A través de su actividad y su proclamación mesiánicas, reconcilió a los que estaban fuera con los que estaban dentro. De hecho, hizo posible la paz en la comunidad mesiánica.⁶ La experiencia de la iglesia primitiva era, precisamente, que estar en la comunidad mesiánica significaba experimentar la realidad de la paz (*shalom*) de Dios.

El significado de la paz, como Pablo la entiende, se ha tomado oscuro a menudo debido a influencias extrañas que han logrado penetrar el pensamiento y la práctica de la iglesia. Las raíces para comprender el concepto de paz que aparece en el pasaje de Efesios, deben ser buscadas en el Antiguo Testamento. *Shalom* es un concepto amplio, fundamental para entender la forma en que la Biblia visualiza las relaciones entre los seres humanos y entre éstos y Dios. El pacto de Dios con Israel era un pacto «de vida y de paz» (Mal. 2.5). Según los profetas, la verdadera paz reinaba cuando la justicia prevalecía, cuando los hombres y las mujeres eran tratados con igualdad y respeto, cuando la salvación se hacía concreta en el marco del orden social determinado por Dios en el pacto con su pueblo.

5. Por otro lado se asigna prioridad al amor y al perdón divinos por sobre el amor de y entre los seres humanos (Mt. 18.21-35; Ro. 12.1-3; Col. 3.13; 1 Jn. 4.7-12, 19-21).
6. Las facciones representadas en la comunidad de discípulos dan testimonio de esta realidad.

Por sobre todo, *shalom* describía el reino mesiánico en el cual la intención de Dios para su pueblo alcanzaría su realización plena. Isaías expresa con claridad meridiana esta visión:

¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies
del que trae alegres nuevas,
del que anuncia la paz,
del que trae nuevas del bien,
del que publica salvación,
del que dice a Sión: ¡Tu Dios reina! (Is. 52.7).

El evangelio de paz y justicia toma forma concreta en el marco del reinado justo de Dios, que ha venido en la persona de su Mesías. Esto nos ayuda a entender por qué la comunidad primitiva identificaba la paz con la persona del Mesías.

Otra corriente de pensamiento que nos ayuda a entender la identificación del Mesías con la paz que él mismo trae es la imagen arquetípica del Representante, con la cual la iglesia primitiva, como ya lo hemos notado, interpretaba el significado de la obra de Cristo. Cristo crea «en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz» (Ef. 2.15). Jesús el Mesías, en su vida de obediencia incondicional al Padre aun hasta el punto de la muerte, fue vindicado por Dios y glorificado en la resurrección. Por tanto, puede afirmarse que la justicia de Jesucristo, el Representante, abre la puerta a una vida justa para todos (Ro. 5.18).

Jesucristo, en contraste con Adán, es el verdadero ser humano, la imagen auténtica de Dios (cf. 1 Co. 15.20-22,44-47; Ro. 5.12-21). Jesucristo es el «nuevo hombre, creado según Dios (i. e., a la imagen de Dios)», con el cual la iglesia debe «vestirse» (Ef. 4.24; Col. 3.10). Esta imagen de Cristo, como el Representante, nos permite entender cómo las frases «en sí mismo» y «en un solo cuerpo» (Ef. 2.15-16) pueden asociarse concretamente a la comunidad mesiánica, esto es, a la iglesia (cf. Ef. 1.23; 1 Co. 12.27). Jesús, quien cumple la misión mesiánica que le encomienda el Padre, fue, representativamente, aquello que el nuevo pueblo mesiánico está llamado a ser.

7. Crisóstomo sostenía que Cristo, quien se hizo humano para morir por su propio pueblo y por los «muchos», es el prototipo de la unidad de todos los seres humanos (Barth, 1974:296).

La obra de Cristo

El pasaje de Efesios 2.14-18 bien podría ser entendido como un himno donde se hace referencia a la muerte de Cristo y sus efectos.^{7 8} Las menciones de la sangre de Cristo y de su cruz apuntan a describir la obra de Cristo apelando a la imaginería cáltico-sacrificial. Pero antes de interrogarnos acerca de cuál pudo haber sido el significado de esta metáfora cáltica, aplicada a la muerte del Mesías, y cómo la sangre de Cristo puede actuar como instrumento de reconciliación, debemos señalar que los diez conceptos teológicos que se usan en el Nuevo Testamento para comprender la obra de Cristo, y que nosotros hemos estudiado en los capítulos previos, están directa o indirectamente presentes en este pasaje.

El concepto de la expiación aparece en la imaginería sacrificial, y los del sufrimiento vicario y del mártir están implícitos en las referencias al sufrimiento como medio para instaurar la paz. El concepto de conflicto-victoria está por detrás de las referencias a la hostilidad que Jesús ha abolido (Ef. 2.14,16). El pasaje paralelo en Colosenses 1.20-22 menciona también el problema de la hostilidad. En Efesios 3.3-11, donde Pablo mismo hace algunos comentarios que nos ayudan a entender Efesios 2.11-22, encontramos una referencia a «los principados y potestades» (3.10), mientras que en Colosenses 2.14-15 se proclama con énfasis la victoria de Cristo sobre ellos.

Como ya lo hemos señalado, la imagen arquetípica está presente detrás de las menciones a la creación de un nuevo hombre «en sí mismo» y «en un solo cuerpo» (Ef. 2.15-16, cf. 2.10). El concepto bíblico del Hombre Representativo nos ayuda a entender una identificación entre Cristo y la paz que él genera, que de otra forma resultaría confusa y oscura. El concepto de la reconciliación aparece mencionado en sus dimensiones tanto horizontales como verticales (2.16). En el pasaje paralelo de Colosenses (1.20-22), esta reconciliación es todavía más inclusiva.

Si bien no hay una referencia explícita en el pasaje de Efesios al concepto de la redención y el rescate, este tema está implícito en el costo de hacer la paz (Ef. 2.15-16). Además, está específicamente mencionado en Efesios 1.7 y en Colosenses 1.13-14. Una referencia

8. En general, se reconoce la presencia de elementos himnicos en Efesios 2.14-18. Cf. Barth (1974:261) para análisis y bibliografía adicionales.

explícita al concepto de la adopción y la familia aparece en Efesios 2.19. En cuanto al concepto de la justificación, está presente en el contexto inmediato (2.8-10) e implícito en la obediencia incondicional al Padre y en la fidelidad hasta la muerte, a través de las cuales queda abolida «en su carne ... la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas» —esto es, la ley malinterpretada y usada para justificar la separación de los gentiles y la enemistad con ellos— y restablecida la justicia de Dios (2.15).

En Efesios 2.11-22 convergen, de alguna manera, las principales imágenes que el Nuevo Testamento utiliza para comprender la obra de Cristo; y como el tema del pasaje de Efesios es el Nuevo Israel de Dios, la comunidad mesiánica de paz, podemos afirmar que todos los conceptos neotestamentarios vinculados con la obra de Cristo van a concentrarse necesariamente en la realidad de la iglesia. Todas las imágenes soteriológicas rotan alrededor de este tema: comunión entre los seres humanos bajo el señorío de Dios. Si sacamos la muerte y la resurrección de Cristo de este contexto de comunidad y pacto, no podemos entenderlas en su pleno significado bíblico.

En el texto no se especifica en forma exacta de qué manera la muerte sacrificial de Cristo permite el surgimiento de una nueva humanidad reconciliada. Como ya lo hemos notado, el sacrificio hebreo era ciertamente complejo, y los resultados de nuestros intentos por identificar sus elementos esenciales son, en todo caso, provisionarios. El sacrificio era visto —según algunos interpretan hoy— como un medio para interceder delante de Dios.⁹ De hecho, la sangre derramada habla más fuerte que la misma voz. La sangre de Abel clama a Dios (Gn. 4.10). Esta es la imagen recogida por la carta a los Hebreos. El ministerio sacerdotal de Cristo incluye la intercesión en favor de su pueblo, que se lleva a cabo mediante «ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas» (He. 5.7) y a través de la «sangre rociada que habla mejor que la de Abel» (He. 12.24). El poder de una vida de intercesión hasta la muerte es, aparentemente, aumentado por la sangre que sella este ministerio. Los profetas presentan en forma explícita la función intercesora del sacrificio (Is. 56.7; Jer. 7.10-11). Es interesante destacar que fueron precisamente éstos los textos que Jesús usó para referirse a la

9. Por la discusión que sigue, reconozco mi deuda con Markus Barth (1974:298-305).

inclusión de los gentiles en el plan salvífico de Dios. De hecho, esto aparentemente contribuyó a que se organizara un complot contra él, que desembocó en su muerte (Mr. 11.17-18).

Si bien el uso del término «sangre» para referirse a la muerte de Cristo presenta a éste como una víctima sacrificial, los verbos empleados en el contexto de Efesios 2.13-18 describen una actividad de Cristo. El es no sólo una víctima sino también un sacerdote intercesor (cf. He. 5.7-8; 7.27-28; 9.22-28). Esto se toma explícito en Efesios 5.2, donde se afirma que «Cristo ... se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante».

Como ya lo hemos señalado, una de las interpretaciones que el Antiguo Testamento ofrece del sacrificio vicario consiste en que se trata de un acto de intercesión. Esta parece ser la comprensión del ministerio del siervo que encontramos en Isaías 53.12. La muerte del siervo es una ofrenda por el pecado (53.10), a través de la cual se intercede en favor de los transgresores (53.12). Un claro ejemplo veterotestamentario de esta función del sacrificio aparece en Exodo 32.30-32, donde Moisés intenta hacer expiación por los pecados del pueblo e interceder por ellos. En Isaías 53, la actividad del siervo se describe en términos que pueden aplicarse tanto al sacerdote como a la víctima. El siervo fue herido «por la rebelión de mi pueblo ... (pondrá) su vida en expiación por el pecado ... llevará las iniquidades de ellos» y, además, ha «orado por los transgresores» (Is. 53.8, 10-12). Moisés, en su acto de intercesión, *ofreció* su vida a Dios. El sumo sacerdote *arriesgaba* su vida, al llevar el pecado del pueblo dentro del lugar santísimo. Pero el siervo de Isaías 53 realmente *da* su propia vida al hacer intercesión.

La paz y la reconciliación que resultan de la muerte sacrificial de Cristo (Ef. 2.11-22) no tienen relación alguna, a decir verdad, con el apaciguamiento de los dioses o de los seres humanos, tal cual lo concebían las religiones paganas. El propósito del sacrificio de Cristo no puede ser descripto como propiciatorio, en el sentido literal del término (i. e., que tiene la virtud de aplacar la ira de Dios y tomarlo así propicio), dado que su objetivo es la reconciliación de grupos humanos divididos, de modo tal que se gesta un «Nuevo Hombre», en el contexto del cual dichos grupos son luego reconciliados con Dios. La función del sacrificio en este caso parece ser la de la oración intercesora. La paz mesiánica, obtenida a costa de la sangre del propio Mesías, no consiste meramente en

una relación reparada o restaurada. Se trata, más bien, de una realidad radicalmente nueva y distinta, a la que se describe como nueva humanidad o nueva creación.

Esta comprensión del sacrificio—la muerte interpretada como intercesión— se refleja en 2 Macabeos 7.37-38, donde los siete mártires entregan «cuerpo y... vida... invocando a Dios para que pronto se muestre propicio» con la nación. El martirio de Esteban constituye un ejemplo similar (Hch. 7.60). Romanos 8.34 y Hebreos 7.25 y 9.24 hacen referencia a la permanente intercesión de Cristo, la cual se expresó una vez en forma elocuente en su sacrificio. En la misma línea podemos interp retar 2 Corintios 5.21. Cristo es presentado como una ofrenda por el pecado, que es ofrecida para que la justicia divina del pacto sea instaurada. Este es, de hecho, el *shalom* descrito en Efesios 2.15-17.

Por tanto, el sacrificio de Jesús debe ser entendido como intercesión en favor de personas, grupos, causas y condiciones hostiles, intercesión que es llevada a su máxima expresión en la muerte misma del intercesor. La intercesión de Jesús no consistió meramente en palabras (por ejemplo, la oración sacerdotal de Juan 17): se trató, más bien, de una vida de intercesión, amplificada por la voz de su sangre (He. 12.24). La misión mesiánica de Jesús consistió en la intercesión en favor de personas alienadas, divididas; esta intercesión fue de tal magnitud que llevó a Jesús a la muerte. Este es el sacrificio que instaura su intercesión permanente y eterna (He. 7.25,27).

La nueva comunidad

El obstáculo a la paz mesiánica aparece descrito como «la pared intermedia de separación» (Ef. 2.14). De hecho, una pared separaba el patio exterior de los gentiles del resto de los edificios del templo en Jerusalén. Esta barrera es el símbolo de la división más formidable del mundo antiguo. Ya hemos señalado que la separación entre Israel y las naciones era un hecho de consecuencias graves y de largo alcance (Ef. 2.11-22). Según Efesios 2.14-15, esta pared consistía, en cierta forma, en la comprensión que los judíos tenían de «la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas», interpretación que, contrariamente a lo que Dios había querido al dar la *Torah*, creaba una barrera divisoria entre

los que se sentían afuera y los que se creían adentro. Además, esta pared se expresaba clara y concretamente en la hostilidad con que se enfrentaban ambos grupos (2.14,16). Más aún, la existencia de esta barrera era el producto de la enemistad que tanto judíos como gentiles tenían con Dios (2.16,18). Por tanto, la pared divisoria representaba, sin duda, un fenómeno complejo y demoníaco, que era mayor que la mera suma de sus partes.

Según este texto, la muerte de Cristo en la cruz es todo un éxito. Los sectores antagonistas han sido reconciliados en «un solo y nuevo hombre, haciendo la paz». Juntos, «los unos y los otros tienen entrada por un mismo Espíritu al Padre». Y juntos, también, son «edificados para morada de Dios en el Espíritu» (Ef. 2.15,18,22).

La paz alcanzada por Cristo es presentada como un nuevo acto de creación. Pablo asigna la actividad creadora alternativamente a Dios (3.9; 2.10) y a Cristo (Col. 1.16; Ef. 2.15). De esta forma, Pablo vuelve a afirmar el hecho de que «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Co. 5.19). Lo sorprendente y, si se quiere, escandaloso de este acto de creación reside en que comienza en la cruz. Mientras que la primera creación comenzó con la naturaleza y culminó en la formación de la humanidad, en este caso la nueva creación empieza con la formación de la nueva humanidad, mientras que el resto de la creación divina aguarda aún su liberación (Ro. 8.18-22).

El concepto de lo nuevo, especialmente cuando se usa en referencia a la creación, denota en la Biblia la culminación de la voluntad y la acción divinas (Barth, 1974:309). De las dos palabras griegas que designan lo que es nuevo, este texto prefiere *kainós*, que designa lo cualitativamente novedoso, y no tanto aquello que es nuevo desde una perspectiva temporal. *Kainós*, que se emplea en Efesios 2.15 para designar al «hombre nuevo», describe también el nuevo pacto de 2 Corintios 3.6, la nueva creación de 2 Corintios 5.17, y el «nuevo hombre» de Efesios 4.24.

El hecho de que este «nuevo hombre» sea creado a partir de judíos y gentiles aparece recalcado en el texto (Ef. 2.14-16). Sin embargo, es importante destacar que este «nuevo hombre» no

10. Sin embargo, esta distinción entre *kainós* y *neos* no es absoluta. 1 Corintios 5.7 y Colosenses 3.10 muestran que los términos pueden funcionar también como sinónimos.

implica la transformación de judíos y gentiles en una tercera raza uniforme. La iglesia se compone, más bien, de judíos y gentiles «reconciliados los unos con los otros» por medio de Cristo, quien ha muerto por todos. La existencia de esta nueva humanidad se funda en que los seres humanos son liberados de todo nacionalismo, orgullo religioso e individualismo, y son elevados a un nuevo tipo de comportamiento social. Esta obra de demolición y construcción afecta tanto a judíos como a gentiles. El significado fundamental de la creación de este «nuevo hombre» a partir de ambos grupos es que ninguno de los dos puede disfrutar de salvación, de paz y de vida sin el otro. Los seres humanos se necesitan unos a otros, si es que han de ser salvos en absoluto (Barth, 1974:311).

Sin embargo, esta nueva humanidad no se compone meramente de grupos de personas compatibles o que piensan de la misma forma. El Nuevo Testamento deja claro que la reconciliación de quienes han sido enemigos abre la puerta al «nuevo hombre» (Mt. 5.23-24,43-48; Gá. 2.11-14; Ro. 5.6-10). Esta nueva humanidad es nueva en un sentido auténticamente revolucionario. El «nuevo hombre» es creado para ser una realidad social. Pero ésta depende totalmente de Dios. Se trata de una comunidad que ama y perdona del mismo modo en que Dios lo ha hecho en Cristo (Ef. 4.32-5.2).

De forma similar, Juan vincula la muerte de Cristo con la creación de la nueva comunidad. En 1 Juan, el término griego traducido por «propiciación» (*hilasmós*) aparece dos veces (2.2; 4.10), y en ambos casos el contexto refleja una perspectiva similar a la que encontramos en Efesios 2.11-22. Según 1 Juan 1.1-2.2, la intención de Dios en la obra del Mesías es crear comunión (1.3, 6,7). Esta comunidad humana perdonada es el contexto en el cual tenemos comunión también «con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (1.3). En 1 Juan 4.7-12, la obra expiatoria de Cristo desemboca en la creación de una nueva comunidad, en la cual se ama al otro en la misma forma en que ama Dios (cf. 1 Jn. 2.6-11; 3.11-18; 4.7-12, 17-21). Ambas realidades —esto es, una comunidad humana en la que experimentamos la comunión con el Padre y con el Hijo, y una comunidad en la que amamos de la misma manera en que Dios ama— se fundamentan en la entrega vicaria y expiatoria que Jesucristo hizo de sí mismo (1 Jn. 2.2; 4.10).

Ser «hechos cercanos» y tener «los unos y los otros ... entrada por un mismo Espíritu al Padre» (Ef. 2.13,18) parecen ser referencias a la alabanza de la nueva comunidad que surge como resultado de la obra de Cristo. Jesús, sumo sacerdote y víctima, ha unido, por medio de su acto sacrificial e intercesorio, a los judíos con los no judíos. De hecho, según Efesios 2.18, la mediación de Cristo, a través de la cual tenemos acceso a Dios, es una actividad permanente de intercesión. En la vida de la nueva humanidad, la adoración es resultado y señal de la presencia de la paz mesiánica. A lo largo de todo el Nuevo Testamento, el sacrificio se hace espiritual en la vida y la alabanza de la comunidad mesiánica (Jn. 4.24; Ro. 12.1; 1 P. 2.5; He. 13.15-16). De la misma forma que la reconciliación de judíos y gentiles en un «nuevo hombre», efectuada por Cristo, es esencial para que ambos tengan acceso permanente a Dios, así también la adoración que cada uno eleva a Dios debe estar precedida de la reconciliación con los hermanos y hermanas hostiles. El perdón entre los seres humanos no puede ser escindido de la oración en la que pedimos el perdón de Dios (Mt. 5.23-24; 6.6, 8,14; 25.31-46; Le. 15.25-32).

En Efesios 2.19-22, las imágenes del pueblo y la familia son usadas para recalcar la forma en que los gentiles han llegado a ser un elemento que integra la nueva humanidad creada en Cristo. En primer término, los gentiles son bienvenidos en la casa de Dios, en su familia (2.19). Luego ellos, juntamente con los judíos, funcionan como los materiales con los que se construye «un templo santo ... para morada de Dios» (2.21-22).

Tres vocablos en el texto expresan la comunión existente entre judíos y gentiles en el marco de esta nueva creación: «conciudadanos», «unidos» y «juntamente edificados» (2.19, 21, 22).¹¹ Ser «conciudadanos de los santos» significa comenzar a participar de la historia de la salvación. La historia del antiguo pueblo del pacto divino se transforma ahora también en nuestra propia historia. Ser «miembros de la familia de Dios» significa dejar de estar excluidos, integrar la familia de Dios en la que el Padre del Mesías es también nuestro Padre, y en la que todos —judíos y gentiles— somos hermanos y hermanas.

11. Los términos griegos tornan particularmente clara esta coparticipación: *sumpolítai*, *sunarmologouméne* y *sunoikodomeísthe*.

Los judíos y los gentiles, juntos, se convierten en el templo santo de Dios, en su morada espiritual. Esta apelación al concepto del templo nos trae a la memoria pasajes como el de 1 Pedro 2.5, donde se hace referencia a una «casa espiritual» y a un «sacerdocio santo» que ofrece «sacrificios espirituales». Debe aclararse, sin embargo, que el carácter espiritual de esta casa construida por Dios a partir de judíos y gentiles no debe ser entendido en términos de invisibilidad o abstracción. Estamos en presencia de un pueblo, esto es, de una realidad social concreta y visible, conformada por seres humanos que han sido reconciliados para pasar a constituir una nueva humanidad. La vida y la adoración de este nuevo «Israel de Dios», conformado a partir de gentiles y judíos, dan testimonio de la validez de la obra salvadora y pacificadora de Cristo.

Hemos hecho referencia antes a los textos proféticos que hablan de la participación de los gentiles en la intención salvadora de Dios. En estos textos, el testimonio de Israel consiste en convertirse en la ciudad restaurada, en la que predominan la paz y la justicia divinas (Mi. 4.1-4). El poder visible de Dios que renueva a su pueblo debía resultar atractivo para las naciones. Jesús compartía esta forma de entender el carácter visible de la actividad misionera. En las bienaventuranzas, describió las distintas formas en que los hijos y las hijas del reino debían diferenciarse de los demás, y luego pasó a mostrar cómo la vida de ellos constituiría el cumplimiento de la ley y los profetas. Estos hombres y mujeres conforman el pueblo mesiánico, la ciudad sobre el monte, que es vista por todos y atrae a todos. Aquí está el núcleo mismo de las bienaventuranzas: se trata del *shalom* de Dios. La humanidad verá «vuestras buenas obras» y glorificará «a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt. 5.16).

Este es precisamente el concepto que Pablo recoge en Efesios. La obra salvadora de Cristo desemboca en la creación de una nueva humanidad. Se trata de una realidad radicalmente nueva y distinta, conformada por personas que antes eran enemigas y ahora han sido reconciliadas por Cristo, de modo que han pasado a constituir una nueva comunidad caracterizada por la paz/justicia /salvación de Dios. A través de esta nueva creación, la iglesia, «la multiforme sabiduría de Dios» es «ahora dada a conocer ... a los principados y potestades en los lugares celestiales». En esta nueva comunidad de paz, se toma visible de manera suprema «el

propósito eterno que (Dios) hizo en Cristo Jesús nuestro Señor» (Ef. 3.10-11).

La paz instaurada por Jesús trasciende la comprensión hebrea del *shalom*, que incluía relaciones justas en el pueblo de Dios, y entre el pueblo y Dios. La paz mesiánica implica una reconciliación y una comunidad que no son alcanzables por medios puramente humanos. La paz entre judíos y gentiles es el ámbito en el cual se experimenta la realidad de la paz con Dios, en vez de ser una posible consecuencia secundaria y derivada de una paz trascendente en Dios. Tradicionalmente, las teorías acerca de la obra redentora de Cristo se han concentrado en la forma en que son quitadas las barreras entre la humanidad y Dios. Sin embargo, Pablo apunta al hecho de que la muerte de Cristo ha servido para quitar barreras sociales y para instaurar paz entre enemigos, posibilitando así también el acceso de los unos y los otros a Dios (Mi 11er, 1977:1-5).

La creación de una comunidad humana en la que prevalece la paz de Cristo no es mera coincidencia, ni un resultado secundario de la obra salvadora de Cristo. La creación de una nueva humanidad en la que son superadas las hostilidades personales, sociales, económicas, en un ambiente de reconciliación, es resultado directo y principal de la muerte y la resurrección del Mesías de Dios. Esta es la iglesia que proclama, con la autoridad que surge de la autenticidad, a toda la humanidad —incluyendo a los «principados y potestades»— el misterio del propósito salvador de Dios en Jesucristo.